

# ACADEMICOS DE LA REAL DE SAN CARLOS HIJOS DE ALCOY

## PREÁMBULO OBLIGADO

Doscientos años de vida, de «hacer», de trabajar es, desde luego, toda una vida. Testimonio fehaciente de un innegable desarrollo, de una actividad continuada, no interrumpida, planificada y, en todo momento, exigente y rigurosa.

La Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de la ciudad de Valencia, ha cumplido su segundo centenario. Se funda la docta institución en el año de gracia de 1768, justo en el momento en que la corona de la monarquía hispana la ciñen las sienes de Carlos III. Años antes, desde el reinado del primer Borbón —Felipe V—, se han fundado otras entidades más o menos similares: la Real de la Historia, la de Bellas Artes de San Fernando, la de la Lengua —que evidencia ya por aquel entonces su prestigio—, la Real de Medicina...

Se viven años de una incipiente y emprendedora ilustración. Los doctos hombres del país en los campos de las artes, las letras y las ciencias aúnan pareceres, pasan —como en un trasplante planificado— de la mera tertulia intelectualista a la magna asamblea científica, estructurada. La Europa de la Ilustración ha visto nacer, entre otras, la Academia parisiense de Ciencias, la Real Sociedad de Londres, las también Academias de Berlín y San Petersburgo, etcétera.

En Valencia, nuestra Valencia artista y emprendedora, pesa toda una tradición pictórica e intelectual. Desde los últimos lustros de la baja Edad Media siempre ha tenido nuestra tierra «su» artista. Nuestros góticos —«primitivos»—, nuestros hombres del Renacimiento, Ribalta y su grupo, nuestro Ribera y sus sucesores... Por eso, mediado el siglo «de las luces», el ambiente, el «clímax», es lo más propicio para que Valencia —tierra de artistas— vea la erección de una docta casa, una institución prestigiosa, una Real Academia de las Nobles Artes.

Y así, en 1768 se funda la Real de San Carlos, patronímico del rey —después del intento efímero de «Santa Bárbara»—, donde se van a encauzar vocaciones e impartir enseñanzas. Donde la arquitectura, el grabado, el dibujo, la pintura, los estudios del agrimensor y del maestro de obras vayan a encontrar eco, a seguir por unos derroteros según unos cánones, unos métodos y una preceptiva.

Un estudio profundo de los libros documentales de la Academia de San Carlos, «de registros», «de matrícula», «copiadores de correspondencia», libros «de acuerdos», etc., nos faculta para poder aproximarnos a la vida misma de la propia Academia a lo largo y lo ancho de estas dos centurias, en cada momento,

en sus respectivas épocas y circunstancias de diverso tipo.

Nos interesa a nosotros, y ahora más, al celebrarse con gozo la efemérides fundacional, conocer cuántos han sido los alcoyanos que alcanzaron el título de académicos de San Carlos; en qué justo momento y cuáles fueron los méritos que se tuvieron en cuenta y se sopesaron a la hora de concedérseles tal distinción. Huelga que insistamos en estos momentos en la comprobada y documentada predisposición alcoyana para las artes; que citemos, siquiera de paso, esa innúmera y valiosa lista de nombres que se incluyen en la historia de la pintura, la escultura y también la arquitectura. Alcoyanos que consiguieron ganarse un prestigio, una fama, una nombradía a todos los niveles. Pensemos, como ejemplo, en los arquitectos Carbonell y Gisbert, en los escultores Ridaura y «Peresejo», en los pintores Cabrera, Casanova, Sala, Laporta...

Por ello, pues, porque Alcoy ha tenido siempre «su» hombre, «su» artista también, es por lo que nos hemos embarcado en la aventura de bucear en este mundo de la investigación, con el designio de sacar a la luz a estos hombres que por su valer, su talante y su obra consiguieron ser académicos de la Real de Bellas Artes de San Carlos de Valencia.

## I. LOS PINTORES

*J. Pérez.*—Nos cabe la honra a los alcoyanos de tener nuestro «académico» bien pronto, a los poquísimos años de haberse fundado la de San Carlos. Los documentos que manejamos y la escasa bibliografía que nos sirve en este cometido así nos lo indican.

Se llama Joaquín Pérez. De él apenas se han pronunciado dos palabras seguidas, permaneciendo poco menos que en el más absoluto anonimato. Pintor muy «academicista» —con todo lo que el vocablo quiera significar—, merece el artista, desde luego, el rescate absoluto de este pozo de mutismo en que se encuentra enterrado. No demasiados datos conocemos del pintor que por una curiosa circunstancia —hecho que referimos a continuación— naciera en la ciudad del Serpis en el primer tercio del siglo XVIII, muriendo en Valencia en el invierno de 1779.

La reciente edición de Xavier de Salas del libro que firmara el erudito Orellana titulado *Biografía pictórica valentina...* (1) nos permite de alguna ma-

(1) ORELLANA, M. A., *Biografía pictórica valentina o vida de los pintores, arquitectos, escultores y grabadores valencianos*, edición X, de Salas, 1930, p. 487; edición Salas, 1967, pp. 496-497.



nera centrar mejor nuestro personaje. Dice textualmente Orellana: «Fue este profesor natural por acaso de Cosentayna, bien que nació en Alcoy, donde tenían sus padres domicilio.» Creemos por ello que eran sus progenitores contestanos —aunque el apellido nada nos revela—, y el hecho de que naciera en Alcoy el presunto pintor se debe únicamente a que la madre, próxima su hora, prefirió Alcoy a Cocentaina, ciudad, la primera, donde podía estar mejor atendida por ser mayor y figurar domiciliados allí varios médicos y matronas.

Pero se nos plantean otras dudas cuando se entrecruza otro Pérez —éste llamado Juan— en el quehacer cultural y artístico de Alcoy. En efecto, el cronista alcoyano Vicedo Sanfelipe, en su *Guía de Alcoy*, publicada en 1925, nombra un Juan Pérez —del que tampoco sabemos el segundo apellido— como autor que diseñó en 1767 las efigies de los santos tutelares alcoyanos, comenzando por San Jorge —patrono principal— y acabando por el Niño Jesús del Milagro, pinturas todas ellas que se destinaban a la flamante parroquia de Santa María, añadiendo además que decoró las cuatro pechinas de la cúpula con las figuras de los evangelistas.

La perplejidad, pues, surge al encontrarnos, de entrada, y por idénticas fechas, con un Joaquín y un Juan. Orellana aporta, por su parte, con toda certeza documental, que en 14 de octubre de 1773 fue nombrado Joaquín Pérez —no Juan— académico de mérito de la Real de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, entidad en la que, al parecer, desempeñó de forma interina, y por algún especial motivo, el cargo de «director». Enumera y nombra como obras suyas un *David* de medio cuerpo, propiedad de la misma Academia; el escudo de Valencia que existió en el patio o atrio de San Carlos, y un retablillo para la iglesia de Santa Catalina, «sobre el pozo renombrado de San Lorenzo».

El presbítero alcoyano Manuel Gadea Vicent, en una monografía alcoyanista que permanece inédita, señala que se cree de común que el tal Pérez pintó, junto a un tal Rosell, la *Vida de San Martín y San Antonio*, serie que se hallaba sobre los arcos de las capillas laterales de la parroquial de San Martín, de Valencia, sin que nos conste el año de ejecución. Esta afirmación no es propia ni original de Gadea. La toma nuestro investigador del poeta T. Llorente (2), quien, a su vez, la copia del historiador Ponz en su *Viaje de España* (3).

Por la cronología, la coincidencia de apellido, temática y ejecución, creemos que el tal Juan que cita Vicedo en su *Guía* (4) no existió jamás, y que no es otro sino el propio Joaquín Pérez que aquí tratamos

de biografíar en lo posible. Opinión que sostenemos y queremos respaldar al comprobar que ningún Juan Pérez —de estas características— citan Boix, el barón de Alcahalí y Ossorio y Bernard, dos de los cuales, por añadidura —Boix y Ossorio—, hablan muy condensadamente de Joaquín Pérez. Ponz, por su parte, y al referirse a las pinturas de San Martín, añadirá: «Los hicieron dos profesores, llamados Rosell y Pérez.» Pérez a secas, sin más añadidos, aunque nos esclarecerá la cuestión al subrayar que Pérez fue discípulo de Hipólito Robira —o Rovira—, que era buen perspectivista y que «pintó al fresco y al olio». Murió Joaquín Pérez en 1779, «con honores de teniente director», el 21 de febrero.

Dejamos por sentado, pues, y como punto de partida, que Juan Pérez no existió. El pintor alcoyano fue Joaquín Pérez, académico de San Carlos, de Valencia, pintor y profesor. Insistimos en que no es mucha la documentación que podemos manejar para trazar su vida y su ejecutoria. No obstante, el archivo de la Real Academia nos brinda ciertas fuentes para este menester, tal la *Noticia Histórica...*, obra impresa en la ciudad del Turia en 1773, año precisamente en que Joaquín Pérez conseguirá altos honores.

En ciertos pasajes, que desistimos de trasladar aquí por no alargarnos en demasía, se dice que la Academia, «no obstante sus pocos fondos», ha cuidado de «estimular a sus discípulos con algunos premios, cosa que realiza por concurso de méritos u oposición. Tan loable acuerdo se lleva a la práctica con notables resultados en 1770, así como en los dos años siguientes. Por acuerdo de 14 de junio de 1772 se crearon nuevos premios, «tres para cada una de las tres Artes», es decir: pintura, escultura y arquitectura.

Prescindimos por el momento de la arquitectura y la escultura y nos centramos en el arte de Apeles. Los premios pictóricos se otorgarán juzgando obras que versen sobre temas muy concretos. El primero de estos premios —el que nos incumbe— reclama la plasmación en «un cuadro de tela» de la figura de *San Vicente Ferrer declarando en el castillo de Caspe por legítimo sucesor de la corona de Aragón al infante de Castilla don Fernando*, farragosa e inacabable intitulación —como solía hacerse por tales fechas—, antecedente claro del cuadro que en el siglo XIX se llamará de «historia». Dicho tema será pintado «al olio en un lienzo de vara y media de ancho y una vara de alto» y «de pensado», es decir, con holgura de tiempo.

Aprobadas las proposiciones, meses más tarde, concretamente el primero de enero del año siguiente, se publican en Valencia y «Cabezas de Partido del Reyno» las condiciones o bases del concurso. Para dicho primer premio se presentan, además de Joaquín Pérez, seis opositores más. Expirado el plazo de documentaciones y reunidos los que optan al premio en las dependencias de la propia Academia «en los días 12 y 13 de agosto», se les propone, para ser

(2) LLORENTE Y OLIVARES, TEODORO, *Valencia*, t. I, nota pie página, p. 685.

(3) PONZ Y PIQUER, ANTONIO, *Viaje de España*, Madrid, 1772, primera edición.

(4) VICEDO SANFELIPE, REMIGIO, *Guía de Alcoy*, Alcoy, imprenta El Serpis, 1925, p. 99.



ejecutados «de repente», en dos horas, y allí mismo, en las propias dependencias, otros temas. Al alcoyano le corresponde en suerte *Sansón, reclinado en las faldas de su muger Dalila, es preso de los filisteos*.

No hay que hacer demasiado esfuerzo mental para imaginarnos a aquellos opositores en el agosto valenciano de 1773 ante el caballete, disputándose los méritos, pintando los temas que los profesores tenían establecidos. No registramos accidente o incidente alguno en aquellas jornadas estivales, y reunidos todos los trabajos, corregidas, discutidas y examinadas con atención e interés todas las pruebas, hecho el recuento de puntuaciones de los jueces, «Joaquín Pérez tuvo cinco votos, y Joseph Rivelles tres: cotejadas las pruebas con las obras "de pensado" —las efectuadas con anterioridad, según el tema dado en su día por la Academia—, todos los ocho votos adjudicaron el premio a Joaquín Pérez.» (5)

Es así, a raíz de estos brillantes exámenes —verdadera oposición en el sentido actual y amplio del vocablo—, como el pintor alcoyano cobra nombradía. La Academia, a consecuencia de ello, quiere otorgar distinciones y recompensas a quienes más brillantemente han triunfado, y así «Joaquín Pérez, que ha obtenido el primer premio de esta clase —pintura— siendo profesor acreditado, de edad de 59 años, y que tiene la pericia necesaria para el ejercicio de su profesión, fue creado Académico de mérito en la clase de Pintura por todos los votos; con la precisa circunstancia de que haya de pintar un quadro con los escudos de Armas Reales de la Ciudad y de la Academia, para colocarse en el patio de esta casa, habiéndole dado este nuevo asunto en cumplim.<sup>o</sup> de lo prevenido por el Art.<sup>o</sup> n. 2 de los Estatutos» (6).

Es en la página 33 de la *Noticia histórica de los principios...*, que citamos a pie de página, donde se dice por primera vez que «Joaquín Pérez es natural de Alcoy, Reyno de Valencia», fuente ésta, casi con toda seguridad, en la que bebió el erudito Orellana. Este año de 1773, y desde el mes de abril hasta el de agosto, creó la Real Academia de San Carlos de Valencia nueve académicos de mérito. Tres de ellos de pintura, estando entre ellos el alcoyano. Joaquín Llop, de Onda, sería el ganador del premio de escultura, y Joaquín Martínez, de Valencia, el de arquitectura. Secretario de la Academia lo era por aquel entonces don Vicente María de Vergara.

Un nuevo honor —y poco después le sobrevendría la muerte— recaerá en el alcoyano: el 13 de febrero de 1774 es nombrado teniente director honorario por

(5) *Noticia histórica de los principios, progreso y erección de la Real Academia de Nobles Artes, pintura, escultura y arquitectura establecida en Valencia con el título de San Carlos, y relación de los premios que distribuyó en la junta pública celebrada en 18 de agosto de 1773*, Valencia, imprenta Benito Montfort, 1773.

(6) Arch. Acad. San Carlos, *Libro Primero Acuerdos en Limpio de Juntas Ordinarias desde el año 1768 asta 1786*, sesión del 14-8-1773.

la pintura, siendo el segundo en esta clase de distinciones (7). Fallece en 21 de febrero de 1779 y se dice de él que es «... sugeto de conocida habilidad, aplicación y honrado proceder...» (8). Joaquín Pérez es el académico de mérito número 5 de una lista singular, en la que aparecen también los nombres de prestigiosos artistas: Mariano Salvador Maella, en 1787; Francisco de Goya y Lucientes —pintor de cámara de S. M.—, en octubre de 1790 —número 24 de orden—, y el valenciano Vicente López, pintor de Fernando VII, en 1793.

*E. Soler.*—Curiosa la vida, la labor desplegada en Valencia —pues en Valencia quedó afinado— por el artista alcoyano Eduardo Soler y Llopis, catedrático que fue de San Carlos y académico de Bellas Artes. El perfil biográfico de este pintor vamos a intentar trazarlo, deteniéndonos de manera especial en un momento de su vida que consideramos, desde ahora, crucial y decisivo, dadas las circunstancias que concurrieron en el hecho que motivó un curioso incidente en su carrera.

Eduardo Soler y Llopis, hijo legítimo de Blas y de Josefa, nace en Alcoy en primero de abril de 1840, año en que también nace otro gran pintor alcoyano, cual es Lorenzo Casanova Ruiz, tío del prosista Gabriel Miró. Dado al dibujo y a la pintura, le sabemos en la escuela valentina de San Carlos, matriculado en los cursos de 1856 a 1859. De su expediente académico y de otros documentos que hemos podido revisar, guardados celosamente en los archivos de esta docta institución, se desprende la gran aplicación del estudiante de bellas artes. En todos los años y en la casi totalidad de disciplinas consigue el alcoyano altas puntuaciones, premios con diploma, sobresalientes y «cartas de estímulo» (9).

Acabados sus estudios en Valencia, Eduardo Soler se traslada a Madrid, a la Escuela Superior de San Fernando. Entre los profesores que se preocupan de una manera especial por sus progresos figuran don Carlos Ribera y don Federico de Madrazo, quienes le amplían conocimientos en el dibujo denominado «del antiguo», colorido y perspectiva. Por primera vez, y venciendo una timidez innata que a lo largo de su vida le acompaña, se presenta a la Exposición Nacional de Bellas Artes, la de 1864, con su cuadro *Jesús y la madre de Santiago y San Juan*, obra que es premiada con una tercera medalla. En estos años de estancia madrileña le une gran amistad con el valenciano Francisco Domingo y con su paisano Ricardo Navarrete, alcoyano de cuna. La Academia de San Fernando le confía las copias —dibujos— de *La Por-*

(7) Arch. Acad. San Carlos, ídem.

(8) *Continuación de la noticia histórica... y relación de los premios que distribuyó en las juntas públicas de 6 de noviembre de 1776 y 26 del mismo mes de 1780*, Valencia, oficina de Benito Montfort, 1781.

(9) Arch. Acad. San Carlos, legajo 45, armario 5, certificaciones de estudio.

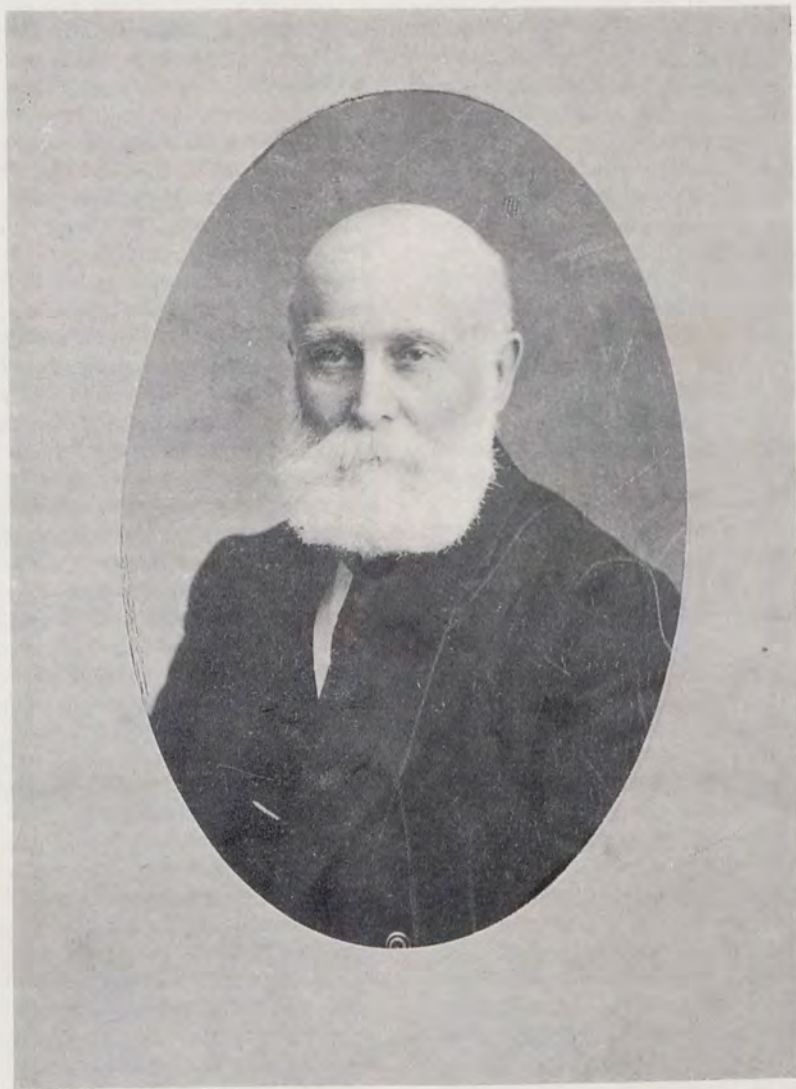


*ciúncula*, de Coello, y *Bebedores*, obra de Brueghel, faena que realiza prontamente y con una maestría envidiable.

El fuerte del alcoyano «lo constituye el dibujo, de una justeza y pureza de líneas insuperables. Sus com-

características, esta manera de hacer y trabajar, el desarrollo de una temática, de un género que en sus manos cobra magnitud: «lo religioso».

Unos años después, en 1867, y tras costosa oposición, gana el alcoyano la cátedra de dibujo de la



D. Eduardo Soler y Llopis, catedrático y académico de San Carlos

posiciones son de un canon académico al que siempre sujetó su temperamento, que no rayó a la altura que seguramente debiera porque, dominado por su modestia —a la que antes hemos aludido— y su apocamiento, recluía en su estudio» (10). Y con estas

(10) GONZÁLEZ MARTÍ, MANUEL, *La muerte del pintor Eduardo Soler*, Valencia, «Las Provincias», 28 de febrero de 1929.

Escuela de Cádiz. Toma posesión de la misma, y pronto, al año siguiente, consigue el traslado, por permuta, a la de Valencia, cátedra que ocupa en seguida, teniendo a su cargo la asignatura de Dibujo de la figura (11).

(11) Arch. Acad. San Carlos, *Copiador documentos recibidos, 1866-1880*, núm. 49, doc. 21-V-1867, y *Copiador documentos remitidos, 1866-1880*, núm. 48, doc. 13-VI-1867.



Pero España atraviesa —políticamente— un mal momento. Se viven días de intranquilidad, de desasosiego. Con la revolución y el golpe militar de septiembre de 1868, circunstancia trascendental que provoca la caída de Isabel II y la proclamación de una regencia especial que asume el general Serrano, duque de la Torre, las cosas se modifican, cambian en parte. A consecuencia de ello Soler y Llopis quedará cesante como catedrático.

En efecto, en el archivo de la Real Academia de San Carlos se custodia una interesante documentación que se refiere a esta curiosa circunstancia. Eduardo Soler, que ha sido «clérigo tonsurado» —condición que hasta hace bien poco ignorábamos por completo—, se niega rotundamente a jurar la Constitución del 69 en los términos y fórmula que ésta establece. Él es el único, en todo el claustro de profesores, que se pronuncia abiertamente en contra de la disposición. Tiene sus razones y es fiel a unos principios. Y a partir de estos momentos —27 de marzo de 1870— comienza un largo proceso que va a durar varios meses y que dará como resultado final el que el alcoyano abandone su cátedra (12). El oficio que Soler remite al director de la Escuela de Bellas Artes de Valencia merece la pena que, al menos en parte, lo reproduzamos aquí:

«Tengo el honor de pasar á manos de V. I. la adjunta exposición que elevo a S. A. el Regente del Reyno, suplicando que en virtud de las circunstancias de clérigo tonsurado que en mí concurren, se me rescinda el juramento de la Constitución Española de 1869 como catedrático, en el sentido que con respecto al clero ha sido explicado por el Gobierno y aceptado por Su Santidad, y ruego á V. I. se sirva darle curso en el más breve plazo posible...» (13)

En otro escrito de fecha 9 de abril del mismo año, también dirigido a don Manuel Blanco y Cano, director entonces de San Carlos, quien le invita por orden del rector de la Universidad a jurar, vuelve el pintor a negarse, aduciendo para ello que «mis sentimientos religiosos, altamente católicos, no me permiten prestar dicho juramento». Tercia, como es lógico, el ministro de Fomento, el director general de Instrucción Pública, el rector de la Universidad Literaria de Valencia y el director de la Escuela de Bellas Artes. Conclusiones:

«Resultando del expt.<sup>o</sup> instruido al efecto que D. Eduardo Soler y Llopis, Profesor de Dibujo de la Figura de la Escuela de Bellas Artes de Val.<sup>a</sup> no ha querido jurar sin salvedades la Constitución del Estado, y teniendo en cuenta que por la disposición 2.<sup>a</sup> de la orden de 23 de marzo último ha quedado de hecho y de derecho cesante en aquel cargo, á los ocho días de su publicación, S. A. el Regente del Reyno

se ha servido separar del referido cargo de Profesor de la Escuela mencionada á dicho interesado, entendiéndose esta separación desde el día 1.<sup>o</sup> de abril conforme á la legislación vigente...» (14)

Apartado de la cátedra —y de la nómina—, Eduardo Soler aprovecha la ocasión para viajar al extranjero. Se va a Italia, y aunque recorre otras ciudades importantes —Florencia, Bolonia, Venecia, Nápoles—, fija su residencia en Roma. Él es un pintor inclinado, abocado decididamente a los temas hagiográficos. Decora iglesias —lunetos, cúpulas, ábsides—, realiza cuadros de historia religiosa... Por todo ello, conocer de cerca la Sixtina, las colecciones de Rafael, las obras de Leonardo, las tablas de Giotto o los frescos del Beato Angélico, supone en su ánimo una feliz vivencia. El impacto espiritual es decisivo y total, por supuesto.

De su estancia en la ciudad de los césares es su cuadro —allí firmado— *Entierro del papa San Esteban en las calacumbas*. Retrata a Pío IX y realiza apuntes y bocetos varios que luego, de regreso en España, aprovechará para sus escenas místicas y religiosas. Mientras tanto los cambios políticos se suceden rápidos en Madrid. Amadeo de Saboya entra en la corte cuando horas antes ha caído asesinado Prim, su adalid, el defensor de su candidatura. Poco retiene el voluntarioso monarca la corona. Por decisión propia, deja el trono hispano; abdica el 11 de febrero de 1873. Se instaura entonces en la nación el gobierno republicano, y con la República —paradojas de la vida— este artista alcoyano, eminentemente religioso y místico, recobra su cátedra de Valencia. También copiamos, por lo sustancioso que es, el documento en cuestión:

«De conformidad con lo prevenido en el decreto de 14 de mayo último aboliendo el juramento político exigido á los individuos del Profesorado, el Gobierno de la República ha decidido que D. Eduardo Soler y Llopis, Profesor de la Escuela de Bellas Artes de Val.<sup>a</sup> sea reintegrado en todos sus títulos, honores y derechos que como tal profesor le corresponden...» (15).

Bien es cierto que el alcoyano está «excedente», pero con la garantía —y la confianza plena— de que, producida la vacante, volverá a su cátedra de San Carlos. Y el 13 de noviembre de 1873 pasa a interino de la cátedra de dibujo de la figura, y algo después, en 4 de enero de 1875, es nombrado catedrático en propiedad, según falla y resuelve el presidente del «Poder Ejecutivo de la República», organismo que se decide a: «... nombrar en propiedad Catedrático de la clase de Dibujo de la Figura de la referida Escuela de Valencia á D. Eduardo Soler y Llopis con el sueldo de dos mil pesetas —anuales, por supuesto— pagadas de fondos provinciales y municipales» (16).

(12) ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, *La Septembrina y Alcoy, 1868*. Alcoy, imprenta La Victoria, 1968, pp. 71-77.

(13) Arch. Acad. San Carlos, *Copiador de documentos recibidos*, núm. 49, doc. 27-III-1870.

(14) Arch. Acad. San Carlos, ídem, doc. 31-X-1870.

(15) Arch. Acad. San Carlos, ídem, doc. 20-IX-1873.

(16) Arch. Acad. San Carlos, ídem, doc. 4-I-1875.



Catedrático de Valencia, pintor muy estimado —en su estilo y sensibilidad—, no es de extrañar que el artista de Alcoy pronto sea promovido a ocupar un sillón en la Real Academia de Bellas Artes. Y así, tres años después, en la sesión extraordinaria de 13 de enero de 1878, y juntamente con los señores Joaquín Serrano Cañete y Rafael Ferrer Bigné, Soler es designado académico de número de la Real de Bellas Artes de San Carlos de Valencia por la sección de pintura.

Está en tales momentos en plena madurez intelectual y artística. Actúa como miembro del jurado que ha de otorgar pensionados para Roma; es presidente de varias ponencias en torno a la reforma y readaptación de la enseñanza de las artes; redacta reglamentos de régimen interior; es encargado de la distribución y conservación de los cuadros del museo (17); tiene una destacada participación en la Exposición Regional de Valencia que organiza la Real Sociedad Económica de Amigos del País; forma, junto a otros catedráticos —Amorós, Fernández Olmos y Salvá—, la comisión que supervisa las restauraciones pictóricas del Colegio del Corpus Christi, y... pinta. Eduardo Soler pinta y decora iglesias y oratorios valencianos. Pinta hasta la hora de la muerte. Ahí están sus obras —aparte del *Entierro de San Vicente Mártir*, en San Bartolomé, perdida con el templo— en las Salesas —*Presentación de la Virgen*—, iglesia de la Compañía de Jesús —*Aparición de Jesús a San Ignacio*—, San Esteban —*Salvador*—, convento de las carmelitas, colegio de los padres jesuitas, Centro Escolar y Mercantil, colegio de Jesús y María, asilo de la Misericordia... Le hace un retrato al obispo de Segorbe y otro a don Eduardo Atard y Llobell, abogado valenciano que durante el período 1900-1905 ocupó la presidencia de la Real Academia, cuadro que se conserva en la sala de juntas de la docta institución (18). Si faltaba algo, y aunque cronológicamente volvamos un poco atrás, registremos también su discurso *Misión trascendental del Arte y deberes que éste impone*, que pronunciara el propio Soler en el octubre de 1889, ya académico de San Carlos, en el acto inaugural del curso académico 1889-1890 en la Escuela Superior de Bellas Artes (19).

Un hombre, pues, activo, vivísimo, incansable en

(17) Arch. Acad. San Carlos, *Libro de actas de la Academia, 1880-1896*, diferentes sesiones, publicado por nosotros en *El pintor Eduardo Soler*, Valencia, editorial Cosmos, 1963, pp. 14-17.

(18) GARÍN Y ORTIZ DE TARANCO, FELIPE M.<sup>a</sup>, *Catálogo-Guía del Museo Provincial de Bellas Artes de San Carlos*, Valencia, Institución «Alfonso el Magnánimo», 1955, páginas 294 y 343. Igualmente, ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, *Eduardo Soler y Llopis y Fernando Cabrera Cantó, «Ciudad»*, Alcoy, 31 de enero de 1961. También en *Cuadros de pintores alcoyanos en el museo valenciano de San Carlos*, Valencia, editorial Cosmos, 1963, p. 15.

(19) SOLER LLOPIS, EDUARDO, *Misión trascendental del Arte y deberes que éste impone*, Valencia, imprenta Doménech, 1890.

su labor, a la que se debe unir —como ha dicho González Martí— «la fatigosa corrección diaria a cientos de alumnos» que pasaban por su clase y aprendían del buen maestro la metodología artística necesaria (20). Casado con doña Desamparados Martín Gali, que le dio cuatro hijos, murió en Valencia el 26 de febrero de 1928, a la avanzada edad de ochenta y ocho años, en su domicilio de la casa número 1 de la plaza del Poeta Badenes —antes «de la Figuereta»—, a consecuencia —como reza la fe de defunción— de una bronconeumonía (21), siendo sepultado en el cementerio general de la ciudad del Turia.

## II. ARQUITECTURA

*J. Gisbert.*—Poco, muy poco a decir verdad, se ha hablado del arquitecto alcoyano Jorge Gisbert, académico de la Real de San Carlos de Valencia. Jorge Gisbert Berenguer es alcoyano de cuna y ascendencia. Hace sus estudios en la ciudad del Turia y en Valencia se afina por algún tiempo, si bien nunca desligado del lugar en el que naciera. Y, la verdad sea dicha, poseemos, hoy por hoy, poquísimos documentos, noticias y datos referidos a tan ingenioso artífice. La búsqueda en el archivo de la Academia de San Carlos nos ha dado, ciertamente, luz sobre algunas cuestiones, pero no toda la que precisábamos para trazar la biografía de dicho arquitecto.

Por 1823 le sabemos estudiando —y practicando— las disciplinas propias de quien se prepara para la arquitectura, bajo la dirección y la valiosa orientación profesional de don Joaquín Thomás y Sanz, teniente director de arquitectura de Valencia. Diez años más tarde, en la primavera de 1833, el mismo arquitecto encauza y avala a su discípulo con una carta de presentación, en la cual ya se ratifican sus méritos:

«... ha estudiado bajo mi dirección y practicado en toda clase de obras de que se me han encargado desde el año 23 hasta el presente, y por su buena moral y política me lo he llevado en mi compañía a desempeñar las más comisiones que se me han ofrecido, notando en ello suma aplicación, y por consiguiente se halla con tal suficiencia que puede desempeñar toda clase de obras que se le ofrezcan...» (22)

Esta carta de recomendación la une el alcoyano a una instancia que firma el 30 de abril, en la que hace constar que tiene que regresar a Alcoy —«a su respectiva familia»— y que antes de abandonar Valencia «suplica a V. I. le conceda el título de arquitecto para cuyo efecto presenta unos planos delineados y exbatimentados con tinta china negra con sus correspondientes alzados y cortes, siendo estos una casa

(20) GONZÁLEZ MARTÍ, MANUEL, *El catedrático Eduardo Soler, «Oro de Ley»*, Valencia, 31 de marzo de 1928.

(21) Registro Civil de Valencia, núm. 2, t. 316, p. 229. Necrología, en *Almanaque de «Las Provincias» para 1929*, p. 436.

(22) Arch. Acad. San Carlos, leg. 63, núm. 89, 1-a.



de Contratación o bolsa situada en una Ciudad mercantil, como por exemplo Valencia...» (23).

Efectivamente, Jorge Gisbert Berenguer, que pretende ser maestro arquitecto, presenta detallada memoria a su debido tiempo, y con fecha 5 y 7 de mayo —según notas marginales que constan en la instancia del alcoyano—, los profesores que lo juzgan le encargan la realización de otro trabajo —digamos el tema obligado—, que es «una casa-audiencia con separación de salas civiles y criminales y demás oficinas».

Las pruebas las supera plenamente Gisbert y el título apetecido se le expide casi a continuación, con el cual se le faculta para el libre ejercicio de su profesión. Tanto del *Libro de Acuerdos de la Junta Comisión de Arquitectura* como del *Libro II de los Individuos de la Real Academia desde su creación* tomamos los datos y noticias sobre el quehacer profesional de Gisbert, así como las circunstancias que mediaron en el nombramiento de académico, hecho éste que ocurre a finales de 1840, como tendremos ocasión de ver.

Reciente su graduación y apenas estrenado el título de arquitecto, Jorge Gisbert se pone a trabajar. Lo hace tanto en Alcoy como en Valencia. Son estos años en los que toda actividad arquitectónica alcoyana está centrada en Juan Carbonell Satorre, figura muy interesante de la que ya se ha hablado alguna vez (24) y que, desde luego, requiere un estudio más amplio. Gisbert, pues, viene casi a ser un entrometido. Pero, no obstante ello, empieza a desplegar gran actividad, lo que le hace acreedor de toda confianza. Uno de estos primeros trabajos suyos data de febrero de 1836. Desde hacía unos años en Alcoy se tendía un puente sobre el río Riquer —el puente titulado Cristina en homenaje a la reina de España—, bajo la dirección técnica del citado Carbonell. La obra va viento en popa, aunque lenta, «hasta el acto de colocar las barandas, en cuyo acto se notó algún descalabro...». A consecuencia de ello, el «individuo del Ayuntamiento» don José Merita solicita de Jorge Gisbert la «formación de un proyecto para la conclusión de la obra... salvando principalmente el yerro cometido en su primera construcción...» (25).

Naturalmente, el problema es más complicado de lo que a primera vista parece. Existe una tramitación, un estudio, una labor que hacer, premiosa y lenta. Hay que nombrar una comisión del seno de la Real Academia de Nobles Artes de San Carlos de Valencia, que es, a la postre, quien debe dictaminar sobre el particular. Pasa algún tiempo, y Jorge Gisbert entra a formar parte del equipo técnico de la construcción del puente, logrando así un primer triunfo. Este y

otros méritos posteriores fueron los que vinieron a concurrir en la persona del joven arquitecto alcoyano cuando en 24 de septiembre de 1840 es reconocido y nombrado académico de mérito de la Real de San Carlos, tal y como nos dicta la documentación del caso: «Habiendo practicado los exámenes prevenidos por Rl. orden de 27 de mayo de 1800, fue creado Académico de Mérito por la Arquitectura...» (26)

Después de este alto honor Gisbert continúa laborando con afán y demostrada competencia. En 1843 presenta el proyecto de una «Capilla en el Cementerio de la Villa de Alcoy... el cual, examinado por la Junta, fue aprobado». Un año más tarde exhibe planos de una iglesia, también de Alcoy. Durante todo 1846 se ocupa en el proyecto de unas casas consistoriales para su ciudad de nacimiento. En marzo de dicho año se le autorizan otros planos —«método de construcción y cálculo»— y se acuerda —lo acuerdan los miembros de la comisión académica— se tasen sus trabajos «en tres mil reales de vellón» (27). Este es, pues, un año fructífero para el arquitecto alcoyano. De junio a agosto realiza planos para un nuevo mercado, para la «colocación de un segundo piso sobre el del Claustro y patio del suprimido Convento de San Agustín, en la actualidad plaza del mercado...», y también una fuente que «se intenta construir».

La llamada *Guía del Forastero en Alcoy* de 1865 nos da algunos datos más de este arquitecto, y así sabemos que en 1862 se renueva y reconstruye la antigua capilla de San Jorge, mártir, patrono de la población, y «en breve se va á transformar la actual fachada con arreglo al proyecto de decoración delineado en 1859 por el arquitecto alcoyano D. Jorje Gisbert...» (28). La misma *Guía*, en el nomenclátor o indicador de oficios y actividades, no nos lo cita entre los maestros arquitectos, figurando, sin embargo, un tal Rafael Gisbert Berenguer, que vive en la calle del Carmen, número 13, y que, de no ser un hermano suyo, puede que sea el propio académico de San Carlos cambiándole el nombre.

### III. ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

*F. Cabrera.*—Dos pintores alcoyanos de enjundia y demostrada valía, cuales son Fernando Cabrera Cantó y Rigoberto Soler Pérez, deben también ser citados aquí, en este trabajo conmemorativo del II Centenario de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Del primero, Cabrera Cantó, se han escrito varios

(23) Arch. Acad. San Carlos, ídem, 1-b.

(24) FERRÁN SALVADOR, VICENTE, *Juan Carbonell Satorre, «Ciudad»*, Alcoy, 16 de febrero de 1965.

(25) Arch. Acad. San Carlos, *Acuerdos Junta Comisión Arquitectura, 1828-1846*, núm. 48/A, sesión de 26 de febrero de 1836.

(26) Arch. Acad. San Carlos, *Libro II de los Individuos de la Real Academia desde su creación*, núm. 34, fol. 180.

(27) Arch. Acad. San Carlos, *Acuerdos de Junta de Comisión de Arquitectura 1828-1846*, núm. 48/A, sesión de 12 de marzo de 1846.

(28) *Guía del Forastero en Alcoy*, José Martí Casanova, editor, Alcoy, 1864, p. 280.





«Faenas de la granja». Rigoberto Soler

(Gentileza de Gráficas Aitana, S. A., Alcoy)







trabajos publicados en esta misma revista (29), y por ello vamos a resumir al máximo cualquier intento biográfico de su actividad y su obra. Sorollista, pintor de la luz, paisajista y conocedor del dibujo en todas sus dimensiones, Fernando Cabrera fue uno de los artistas que consiguieron fama y renombre no sólo dentro de las fronteras hispanas, sino más allá de éstas, cobrando recompensas en Viena, Francia y Estados Unidos. Cítense al menos aquellas telas que mayor gloria le acarrearón, y entre las cuales está *Al abismo* —primera medalla nacional en 1906— o *El santo del abuelo*, que le valiera una de oro en 1916, en San Francisco de California.

Cabrera Cantó tiene en nuestro Museo Provincial de San Carlos varios cuadros. Dos de ellos —pequeñas telas— pertenecen a la donación Goerlich Lleó-Miquel, y un tercero, el mejor bajo muchos aspectos, es el titulado *Sermón soporífero*. Nos interesa este óleo por varios motivos, pero de entre ellos es necesario destacar uno que se refiere directamente al título de académico correspondiente de su autor.

A finales de 1932 el académico don Manuel Sigüenza visita Alcoy. El viaje no guarda relación alguna con asuntos que se le comisionaran para realizarlos en la ciudad del Serpis; es, pues, de índole totalmente particular. Y en Alcoy el señor Sigüenza visita en su domicilio particular de la calle de San Nicolás al pintor Fernando Cabrera. De esta entrevista, de las palabras que entre ambos se cruzaron en tan largo coloquio, Sigüenza vuelve a Valencia con la promesa formal del artista alcoyano de que éste ha de donar al Museo de Valencia uno de sus últimos cuadros. Así, además, se registra en el Libro de Actas de la Academia: «Don Manuel Sigüenza dio cuenta del viaje que ha realizado últimamente a Alcoy, en donde visitó al notable pintor señor Cabrera, quien le ofreció una obra para nuestro Museo...» (30)

Tal y como el autor de *Mors in vita* promete, así se cumple pasado cierto tiempo. Don Fernando se desprende de su *Sermón soporífero*, ese magnífico lienzo-estudio de cabezas y actitudes, lección indiscutible de bien pintar, que en su día llega intacto a la Real Academia de Bellas Artes con el deseo de su autor de que vaya a las salas del Museo de Pintura. La documentación de San Carlos registra así el hecho:

«Se dio lectura del acta de donación a la Academia del cuadro titulado *Sermón soporífero*, original del notable pintor alcoyano don Fernando Cabrera, y se acordó que constara en acta el agrado con que

se había recibido el donativo, y que se dieran al señor Cabrera las gracias de oficio.» (31)

Junto con la gratitud de la docta institución valenciana tiene que venir, algo después, una alta consideración honorífica. La labor artística de Cabrera, su honradez y su ética profesionales son también extremos a tomar en cuenta por los académicos. Una propuesta de los señores José Benlliure, Peris Brell y el propio don Manuel Sigüenza pide para el artista de Alcoy el título de académico correspondiente por la sección de pintura. La propuesta es aceptada por el pleno de la Academia y el título y honrosa consideración son comunicados al pintor:

«Tengo el honor de comunicar a V. S. que en la sesión celebrada en el día de ayer por la Academia de Bellas Artes de San Carlos, se acordó nombrarle Correspondiente de esta entidad en Alcoy, habida cuenta de los relevantes méritos que concurren en V. S. Lo que participo a V. S. para su satisfacción y oportunos efectos. Valencia, 5 de abril de 1933...» (32)

Solamente cuatro años estaría vigente dicho nombramiento —el primero, que sepamos, como «correspondiente» que ha existido en la ciudad del Serpis—, puesto que el día primero de enero de 1937, a los pocos meses de estallar la guerra civil española, don Fernando Cabrera Cantó moría en su casa-estudio a la edad de setenta y un años.

R. Soler.—Hace muy poco, en la primavera de 1968, ha fallecido en Valencia todo un artista. Hijo del pintor y litógrafo —más litógrafo que pintor— del mismo nombre, Rigoberto Soler Pérez, de quien hablamos, nacido en Alcoy el 28 de febrero de 1896, ha sido hasta su jubilación catedrático de la asignatura «Dibujo del antiguo y ropajes» de la Escuela Superior de Bellas Artes de Barcelona. Rigoberto Soler Pérez se ha apagado siendo académico correspondiente de la Real de San Carlos en Barcelona, nombramiento que se le había otorgado en 6 de febrero de 1962.

Rigoberto Soler ha sido —y ahí queda su obra testificándolo— todo un artista. Educado en Valencia, tanto en la Escuela de Artes y Oficios como en la de Bellas Artes —donde cursara la carrera con éxitos y aprovechamiento total—, tuvo por maestros a grandes artistas de aquellos días, tales como Cebrián Mezquita, Isidoro Garnelo, Pedro Ferrer y Gonzalo Salvá, y de manera muy particular y extraordinaria, al ilustre cullerense José Mongrell.

Sorollista por principios y convencimiento, amante del paisaje, de la luz y el color sin cortapisas ni

(29) ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, *Centenario del pintor Fernando Cabrera Cantó: Sinfonía cabrerista*, Valencia, ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, núm. 1966; ALMELA Y VIVES, FRANCISCO, *Vida y obra de Fernando Cabrera Cantó*, Valencia, ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, núm. 1967.

(30) Arch. Acad. San Carlos, *Libro de Actas de la Real Academia de San Carlos, 1924 a 1944*, sesión de 7 de junio de 1932.

(31) Arch. Acad. San Carlos, ídem, sesión de 7 de marzo de 1933; ESPÍ VALDÉS, ADRIÁN, «*Sermón soporífero*», donado por su autor a Valencia, «*Levante*», Valencia, 15 de febrero de 1965.

(32) Arch. Acad. San Carlos, leg. 102, asuntos varios, 1931-1936, exp. 196, año 1933.



filtros de clase alguna, este insigne alcoyano comenzó tempranamente a exhibir obras y a concursar a certámenes. Aún mozalbetes, a sus dieciséis años, presentaba a una exposición del Círculo de Bellas Artes de Valencia sendos cuadros: un grupo de pescadores en la propia playa de Cullera —tema eminentemente sorollista— y un viejo liándose un cigarrillo constituían la temática de ambos lienzos. El público, y sobre todo la crítica, aplauden las telas, considerándolas obra de un pintor ya con años y no de un joven de la edad de Soler.

En 1917 gana una tercera medalla en la Nacional de Madrid por su cuadro titulado *Entre naranjos*. Está presente otra vez en esta justa en las ediciones de 1922, 1924 y 1926, fecha ésta última en que el jurado calificador le otorga la segunda medalla por *Idilio ibicenco*. Ibiza, precisamente, la belleza de aquellas playas, el doble azul de aquel mar y cielo, el color de la tierra, de los trajes populares, de las casas y de las gentes, retienen en la isla balear al artista de Alcoy. Allí pasa temporadas pintando sin desmayo, descubriendo en cada cuadro nuevas posibilidades, otros lenguajes estéticos. Visita de continuo Valencia, y al comenzar cada curso se reintegra a la Escuela de San Jorge, de Barcelona. Trabaja siempre con asiduidad extraordinaria, y en su obra se descubre una técnica «más cerebral que intuitiva». De él ha dicho José Manaut que «dibujaba con solidez y severidad; entonaba certeramente y componía sus asuntos con una ciencia y un cuidado rigurosos... En las obras de Rigoberto Soler no se advierten jamás los impulsos de la improvisación, ni tampoco los alardes técnicos de la simplificación o de la síntesis... Su pincelada era amplia, muy empastada, meditada y cuidadosa; con frecuencia, muy insistida» (33).

Paisajista notable, bodegonista y pintor de «interiores», autor de retratos —recordemos los realizados a los doctores Julio Bravo y Miguel Escudero—, autor de cuadros costumbristas, de él ya se decía en 1927 que era un enamorado «de las viejas escuelas levantinas, no ya únicamente de esta próxima de Sorolla en la que todo es intuición e inquietud..., sino de las

(33) MANAUT VINIETI, JOSÉ, *El pintor Rigoberto Soler, «Levante»* (suplemento «Valencia»), Valencia, 8 de junio de 1968.

anteriores próximo pasadas...» (34), lo que se traduce en decir que Rigoberto Soler estudiaba a conciencia, aprendía en los maestros del ayer y elaboraba una manera nueva y personal.

Sus cuadros *Haciendo capachos, Mercado de Ibiza, Bajo la bola de nieve, Misa en Santo Domingo de Ibiza, Idilio en el café, La florista, El patio de la iglesia, Amor inicial, Recolectando judías* —en el museo de Santiago de Chile—, *Pescadoras valencianas* —en el museo de Lima—, *Idilio ibicenco* —en el de Burdeos— y otros muchos que se custodian en colecciones privadas de Valencia, Alcoy, Elche y Barcelona, acreditan a su autor como concienzudo artista honrado y vibrátil. De él ha dicho recientemente el también fallecido Guillot Carratalá: «Un artista tan grato como Soler debemos admirarle mientras viva y después de marcharse, cuyo sentimiento nos alcanza a todos los que amamos el arte de España.» (35)

#### BREVE COLOFÓN

Estos, pues, son los hombres alcoyanos, los artistas que han sido académicos de la Real de San Carlos de Valencia a lo largo y lo ancho de estos doscientos años de vida y actividad. Unos —lo hemos visto—, como académicos de mérito, como catedráticos incluso, de su Escuela Superior de Bellas Artes; otros, y en reconocimiento a sus méritos, a su obra realizada, a su trayectoria artística, como correspondientes allá en la ciudad en que se afincaron o en la que desarrollaron su trabajo.

Nuestra congratulación en el doscientos aniversario de la fundación de la docta entidad cultural y nuestra satisfacción íntima y completa en la efemérides que se conmemora.

ADRIAN ESPI VALDES

(34) LACOMBA, JUAN, *Rigoberto Soler, pintor de Levante, «Oro de Ley»*, Valencia, 31 de marzo de 1927.

(35) GUILLOT CARRATALÁ, JOSÉ, *El pintor Rigoberto Soler y su obra, «Las Provincias»*, Valencia, 28 de septiembre de 1960, y del mismo autor, *Rigoberto Soler vuelve a Valencia, «Las Provincias»*, Valencia, 22 de agosto de 1965. Vide necrología ESPI VALDÉS, ADRIÁN, *Rigoberto Soler Pérez (1896-1968)*, «Ciudad», Alcoy, 30 de abril de 1968.